Con razón, pues, hemos dicho y repetimos, que jamás hemos comprendido por qué se pinta ese caudillo como el sostenedor de la Federación, cuando cabalmente, la Federación se destruyó en sus manos.

Cuando subió al Poder, encontró una sola patria, envuelta en revoluciones sí, pero llena de juventud y esperanza. Cuando bajó del solio presidencial dejó el país envuelto en la más completa anarquía, convertido en cinco microscópicas repúblicas.

A ser otro hombre, si hubiera sido un genio, como dicen sus panegiristas, habría conservado incólume el sagrado depósito que el destino colocara entre sus manos.

Hubiera seguido los consejos de la prudencia, de la justicia y de la razón, y la nave del Estado habría salvado los escollos de la revolución. No fué así por desgracia.

La ambición se sobrepuso en él al patriotismo, las pasiones ahogaron la voz de sus deberes y bien pronto sus desaciertos y abusos, sus errores y despotismo produjeron males sin *cuento* y trastornos irremediables."

A principios de 1842 la nostalgia del Poder empujó a Morazán a dejar su retiro en Sur América y volver a tierra centroamericana.

Con su retorno abrió un nuevo y breve capítulo en su vida de dictador impenitente.

Como estos apuntes han tomado ya proporciones por nosotros insospechadas al iniciarlos, nos reservamos para un próximo artículo complementario el comentar esa reaparición de Morazán en la escena política, reaparición que tan funestas consecuencias aparejó para su persona y para nuestra patria.

El fusilamiento de Morazán

No hemos de detenernos en biografiar la vida y las actuaciones del General don Francisco Morazán, quien pagó con su vida, el 15 de setiembre de 1842, el ideal que le animó para formar de las cinco hermanas Repúblicas de Centro América, una sola. No justificamos ni glorificamos al traidor Vicente Villaseñor, en quien el entonces Jefe del Estado Lic. don Braulio Carrillo, confiara la fuerza de 700 hombres para repeler el ataque del invasor. La gloria de Villaseñor, fué efímera, como lo fué el gobierno de Morazán.

Costa Rica había proclamado su independencia veintiún años antes, y no era justo que el don preciado que habían cimentado los hombres de la época, desapareciera al encontrarse la Soberanía Nacional cautiva bajo la férula del invasor que había desembarcado en Caldera el 7 de abril de 1842, y que a marcha forzada llegó al Jocote, no para encontrar el pecho valeroso de un general a quien enfrentarse, sino el pusilánime traidor que ambicioso de gloria entregó la fuerza que le fué confiada. Y entran triunfantes a la capital de la República, se adueñan

del Poder, hacen escarnio de las libertades y de los principios y convierten la naciente República en feudo, para continuar en plan de conquista hacia las repúblicas de Centro América.

Pero nuestro pueblo viril, al mando de don José Antonio Pinto, lanza el grito de rebelión el 11 de setiembre de 1842; y después de varios días de lucha, en la cual hasta las mujeres tomaron parte, logran la victoria. Vencido y prisionero el caudillo General Morazán recibe el castigo que también merecieron los filibusteros en 1856 y 1857, y a su lado Villaseñor, expira sentado en una silla, como merecía su felonía del Jocote, fusilado por la espalda, ya que Saravia había pagado por su propia mano, envenenándose, su antipatriótica cruzada al lado de Morazán y de Villaseñor.

Glorifiquemos a Rafael Barroeta, el militar pundonoroso de aquella época. Con su frase: "Venimos a pelear y no a pactar", en el momento de quebrar su espada; glorifiquemos a don José Antonio Pinto, quien asumió la jefatura de los revolucionarios. Morazán en nuestra historia, fué invasor. Villaseñor y Saravia, fueron traidores.

La fecha de mañana, 15 de setiembre, es complemento para Costa Rica de la misma del año 1821. Con la muerte del General Morazán se afianzaron la libertad y la soberanía, como lo hicieran las huestes de 1856 y 1857, cuando los filibusteros intentaron dominar y encontraron un pueblo viril que no "pactó", sino que selló con su sangre el deber patriótico.

Rindamos homenaje a Pinto; preparémonos para rememorar el centenario del asesinato de nuestro gran Braulio Carrillo, en la República de El Salvador, por el capitán Domingo Lagos, llamado "el Diablo Prieto", que ha de rememorarse el 15 de mayo de 1945.

Aplaudir la invasión de Morazán al territorio de Costa Rica, glorificar a Villaseñor y a Saravia, es macular nuestra propia historia. Dejemos el centenario de mañana entre las efemérides de la patria, pero comprendamos que fué la acción de setiembre de 1842, muy gloriosa para los hombres de la época en nuestra vida republicana.

GUILLERMO TRISTÁN F.

Lunes, 14 de setiembre de 1942.

Libro copiador
de comunicaciones del Ministro General Saravia

(*Continúa*)

Nº 71. Al mismo.

Con esta fecha se previene al Jefe Político de Alajuela que de los fondos que actualmente recauda en aquel Departamento por cuenta de la